¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vese en cadena y presa: entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía San Pablo de suplicar á Dios le librase de ella; da voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan (1).

No he querido interrumpir esta larga cita, para que, apreciándola en conjunto, se vea mejor que en este grado de oración se repiten los signos y efectos que hice notar en los anteriores; circunstancia que me permite no examinar aquí más que las diferencias que se observan comparando unos y otros estados místicos.

Desde luego se advierte que casi todas estas diferencias son de grado: así la luz que alumbra el entendimiento del arrobado es más intensa; el amor que experimenta la voluntad, más encendido; y el deleite que gustan las facultades racionales y las sensibles, más dulce y sabroso. Al par que disminuyen, y áun llegan á faltar los actos sensitivos, hay también menor actividad en el ejercicio de las funciones vegetativas; tanto, que el cuerpo se va enfriando lenta y progresivamente. El alivio de los males corpóreos y el aumento en virtudes que siguen á esta merced divina, son más importantes y notables. En fin, la marcha que

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXI, pág. 190.

presentan los *altos* y los *intervalos* del rapto y de la unión extática, es igual, pero el modo de comenzar difiere; pues mientras en los éxtasis se manifiestan los signos exteriores de suspensión con lentitud y suavidad, en los arrobamientos empiezan de repente y con toda violencia.

Pero todavía hay más. El poderosísimo y repentino impulso que levanta el alma transformándola afectivamente en Dios, suele venir acompañado del hecho preternatural que eleva y suspende el cuerpo del favorecido en los aires; fenómeno que por realizarse á vista de cuantos espectadores rodean al sujeto, ni se ha negado, ni áun se pone en duda por el naturalismo. Tal sucedió con las elevaciones y suspensiones de Santa Teresa, comprobadas, no sólo por el testimonio suficiente de la veracísima narradora, sinó también por los de muchas personas de diversa condición intelectual y social que las presenciaron, y algunas de las que se vieron obligadas á intervenir, obedeciendo á la humilde priora, que deseaba ocultar mercedes tan maravillosas á las miradas del público.

Ridículos esfuerzos hacen los naturalistas para dar explicaciones de un suceso al que no pueden asignar ninguna causa física. Citaré uno como muestra del atrevimiento que usan ciertos estafadores científicos.

Aludo al Dr. Charpentier, del cual escribe el Padre de Bonniot (1): «El Dr. Charpentier ensaya una explicación que merece ser conocida: «Antes que decidamos acerca de lo sobrenatural, dice este sabio, iluminemos nuestra ignorancia.» Y hé aquí las claridades

(1) Ob. cit., pág. 90.

que nos ofrece. «El fenómeno en cuestión tiene como dos instantes: en el primero, el cuerpo del bienaventurado deja la tierra y se eleva; y en el segundo, este mismo cuerpo permanece suspendido. Hay, pues, un movimiento de ascenso, al que sigue un estado de equilibrio. Ahora bien; el movimiento de ascenso es un efecto de la fuerza muscular; en la mayoría de casos se trata de un salto más ó menos extraordinario, que tiene tanta mayor potencia, cuanto más creen los individuos que lo produce la divinidad. El estado de suspensión no es más portentoso; es efecto de que disminuye la densidad específica.» Examinemos esta brillante explicación á la luz de la ciencia.

«El movimiento ascensional no era más que un salto. M. Charpentier habla de San José de Copertino, que se elevaba á considerables alturas. Supongamos que el Santo subiera en dirección vertical un espacio de diez metros. Un sencillo cálculo demuestra que para *saltar* así, debía desarrollar el Santo una fuerza capaz de elevar quince quintales métricos á un metro de altura. En efecto; el cuerpo humano pesa, por término medio, setenta y cinco kilogramos. Para elevar tal peso á diez metros de altura, es menester producir un trabajo igual á setenta y cinco kilográmetros multiplicados por diez, esto es, ¡setecientos cincuenta kilográmetros!... ¡Y esta fuerza gigantesca la debía el Santo á la credulidad!...

»Levantado en los aires por la fuerza muscular, permanece suspendido el Santo, gracias á una disminución de la densidad específica.» Interroguemos todavía á la ciencia. Para permanecer en equilibrio en un flúido, debe desalojar el cuerpo un volumen de

flúido igual en peso á su propio peso. Ahora bien; si suponemos el cuerpo de setenta y cinco kilogramos, y se considera que un metro cúbico de aire en las regiones inferiores pesa un kilogramo y un tercio, una pequeña operación aritmética prueba que el cuerpo de setenta y cinco kilogramos debe desalojar setenta metros cúbicos de aire. ¿Cómo obtendrá este resultado? M. Charpentier lo ha dicho: disminuyendo la densidad; es decir, dilatándose y tomando un volumen igual á setenta metros cúbicos; las dimensiones de una enorme ballena. M. Charpentier propala seriamente tan grotescas fantasías; mas ¿con qué derecho habla en nombre de la ciencia? ¿Abrió alguna vez un Manual de física?»

Para mí, hay algo más grave que la ignorancia en tal conducta: paréceme que en vista de las repetidas y lastimosas caídas científicas que dan sus colegas, cuando acuden al estadio médico y al psicológico en busca de armas anticatólicas, el atrevido naturalista contó demasiado con la falta de ilustración de alguno de sus lectores, y no temió estampar unas cuantas frases sonoras, que sólo le han servido para engendrar, al menos, justísimas dudas respecto á su buena fe.

¿Cuál es la causa de las elevaciones admirables del cuerpo, que acompañan al rapto?

Señalan muchos teólogos por causa el ímpetu del espíritu, que volando rápidamente á Dios, lleva consigo el cuerpo, lo levanta de la tierra y lo mantiene en el aire mientras el rapto dura. Mas esta opinión no se halla exenta de graves dificultades que le oponen otros. Porque dado que el espíritu pudiera con aquel primer ímpetu llevar al cuerpo en alto, venciendo toda su re-

sistencia, ¿cómo puede el alma, pasado dicho ímpetu, y transformada en Dios afectivamente con suma quietud, mantenerlo en el aire contra su natural tendencia de gravedad, y cómo le quita su pesantez, de manera, que á cualquier impulso se mueve como una pluma? Además; ¿por qué el cuerpo es llevado siempre arriba, y no á la derecha, á la izquierda ó en otra dirección, siendo así que Dios, blanco entonces del espíritu, se halla en todo lugar? ¿Por qué en vez de mover el alma al cuerpo, no lo fija siempre en el sitio donde se halla, si en este caso su arrobamiento se hace en lo más íntimo de ella?

Por estas razones, y otras que omito, me satisface más la opinión de los que atribuyen dicho admirable suceso á una pequeña é imperfecta participación de los dones gloriosos que disfrutan los bienaventurados en el Cielo; debidos, en cierto modo, á las personas que Dios ha unido á sí tan íntima y amorosamente. Así opinan San Agustín, Santo Tomás, Scarameli y otros.

CAPÍTULO VII.

QUE TRATA DE LAS LOCUCIONES Y VISIONES MÍSTICAS DE SANTA TERESA.

En los grados contemplativos que acabo de exponer, manifestaba Dios su presencia al espíritu de Santa Teresa del modo sobrenatural descrito, y además se le mostraba maravillosa y divinamente, infundiéndole conocimientos distintos y determinados por medio de *hablas* ó locuciones, visiones, revelaciones é inteligencias de altísimas verdades. Por esta razón tengo que examinarlas; advirtiendo que tales mercedes se las concedía Dios también fuera de dichos grados de oración.

Citaré solamente algunos de estos favores, tomándolos de los numerosísimos que la Santa cuenta en sus obras haber disfrutado, para examinar si estos hechos divinos fueron, como sostiene el naturalismo, inventos ó puras fantasías de la viva y ardorosa imaginación de una mujer apasionada: así como en otro capítulo de la